

De Tiananmen al Guggenheim. Un recorrido por el arte contemporáneo chino PÁGINA 10

Coltrane e hijos. Entrevista con Kamasi Washington, gran renovador del jazz PÁGINA 12



Babelia

Nº 1.381
SÁBADO
12 DE MAYO
DE 2018

EL PAÍS

ISRAEL EN LA CRISIS DE LOS 70



Un grupo de veteranas de la milicia nacionalista israelí celebra la fundación de una población judía en Galilea en junio de 1948. ROBERT CAPA (MAGNUM / CONTACTO)

El Estado judío cumple siete décadas el lunes. Novelas y ensayos analizan su historia en un aniversario marcado por la larga ocupación de Palestina, Trump y la creciente tensión con Irán

EN PORTADA

POR JUAN CARLOS SANZ

El término *izquierdista* se ha convertido en un insulto en el Israel de hoy", admite con sorna Amos Oz, el patriarca de las letras hebreas más conocido en el mundo. "Si uno solo mirase lo que reflejan los medios europeos, este país estaría compuesto por un 80% de fanáticos religiosos y colonos, un 19% de soldados en los territorios palestinos y un 1% de intelectuales que luchan por la paz, como yo", ironiza el autor de *Una historia de amor y oscuridad*, que aún ve lejana una hegemonía conservadora aplastante sobre la sociedad hebrea.

Con celebraciones ya oficiadas el pasado abril de conformidad con el ciclo lunar anual judío, el Estado surgido de la partición de Palestina bajo mandato británico cumple 70 años el lunes, de acuerdo con el calendario gregoriano de los gentiles. El traslado de la Embajada estadounidense a Jerusalén ordenado por el presidente Donald Trump pone la guinda al festejo, al tiempo que constata la quiebra del consenso internacional sobre la solución de los dos Estados: uno palestino y otro israelí con capital compartida en la Ciudad Santa. A pesar del lastre del antiguo conflicto, el Estado judío se ha erigido hoy en potencia militar regional —que osa atacar a Irán en Siria pese a la tutela de Rusia sobre el país árabe— y en faro tecnológico que irradia innovación al mundo.

En esta atmósfera de retroceso diplomático que acompaña al aniversario —al día siguiente los palestinos recuerdan la *Naqba* (desastre), el inicio de su exilio y la desposesión de su tierra—, tres autores israelíes esenciales afiliados a la izquierda pacifista han presentado recientemente nuevas obras —es el caso de Oz y del historiador Ilan Pappé— o recibido finalmente el reconocimiento oficial de su país, como el novelista David Grossman con el Premio Israel de Literatura.

Los tres autores impugnan la ocupación militar de territorios palestinos y los asentamientos en los que se han afincado más de 600.000 colonos en Cisjordania y Jerusalén Este desde 1967. Lo atestigua Oz en la tercera parte del ensayo *Queridos fanáticos* (Siruela). Fundador de la ONG Paz Ahora, encarna la tradición del intelectual de izquierda en un Estado que nació con la impronta socialista de los kibutz o granjas comunales. Hoy está al timón el Gobierno más derechista —una coalición de conservadores, nacionalistas y ultraortodoxos— de su historia.

Al veterano autor de *Judas* le resulta difícil "hacer profecías en la tierra de los profetas". "Las personas cambian. Un líder conservador [como Menájem Beguin, que negoció la paz con Egipto hace 40 años] puede llegar a hacer lo contrario de lo que se espera", replica cuando se le pregunta por la parálisis de las negociaciones con los palestinos desde 2014. En cerca de un decenio de sucesivos Gobiernos presididos por el primer ministro Benjamin Netanyahu, la esperanza de la solución de los dos Estados ha ido desvaneciéndose.

Encajado en el ala radical de la izquierda, el autor de *La limpieza étnica de Palestina* (Crítica) —obra de referencia en un país con lagunas de memoria— ya no vive en Israel. Ilan Pappé (Haifa, 1954) ejerce desde hace una década como profesor en la Universidad de Exeter (Reino Unido), después de



Una palestina y sus hijos caminan junto a un grafiti de Banksy en la localidad de Aram. AMMARAWAD (REUTERS)

VOCES DISIDENTES DE ISRAEL

La ocupación palestina y el papel geoestratégico del país en la inestable región centran el debate intelectual en la conmemoración de la creación del Estado judío

"La limpieza étnica de 1948 fue sustituida por una especie de 'apartheid'", afirma Ilan Pappé

"Puede que el país sea una fortaleza, pero no es un hogar", sostiene David Grossman

haber quemado las naves académicas en su tierra natal. Cayó en el ostracismo por nadar contra la corriente historiográfica dominante. Desde el exilio, acaba de publicar en castellano *La cárcel más grande de la tierra: una historia de los territorios ocupados* (Capitán Swing), continuación de su texto más conocido, a la luz de documentos recientemente desclasificados. "Refleja lo que los palestinos denominan una *Naqba* prolongada", explica por correo electrónico, "la ocupación israelí de Gaza y Cisjordania en 1967 vino a completar un proyecto iniciado en 1948". A partir del 55% del territorio que asignó al Estado judío el plan de partición de Palestina bajo mandato británico aprobado por la ONU en 1947, Israel llegó a extenderse hasta el 78% tras el armisticio con los países árabes en 1949, hasta llegar a controlar el 100% en la guerra de los Seis Días.

Con algo más de perspectiva histórica, su último libro define el proyecto sionista como "un proyecto colonial". "La limpieza étnica de hace 70 años fue sustituida en 1967 por una metodología más compleja: una especie de *apartheid* dentro de Israel [donde una quinta parte de la población de derecho es de origen palestino], un estricto control militar sobre Cisjordania y el bloqueo de Gaza". Pappé suele referirse al enclave como "una cárcel a cielo abierto de máxima seguridad".

¿Y Jerusalén, con un tercio de población palestina privada de ciudadanía? "Allí se utilizan los tres métodos a la vez. Más que un cambio de paradigma, el reconocimiento de Jerusalén como capital de Israel arbitrado por Trump es la culminación del pleno respaldo de EE UU a las violaciones del derecho internacional cometidas por Israel". El ensayista alerta de la pugna surgida en Israel entre dos modelos de ocupación. Uno sigue un "mapa estratégico", al que los sucesivos Gobiernos han recurrido para diseñar la expansión de los asentamientos en zonas no densamente pobladas por palestinos. Otro se ampara en un "mapa bíblico" —el que intentan imponer las organizaciones de colonos con presencia en el Gabinete de Netanyahu— para extenderse por territorio ocupado.

El discurso radical de Pappé, que brota del extrañamiento, se enfrenta a una izquierda más moderada en la figura de David Grossman (Jerusalén, 1954). El escritor obtuvo en 2017 uno de los mayores reconocimientos literarios internacionales al ser galardonado con el Man Booker internacional por la traducción al inglés de su novela *A Horse Walks into a Bar*, versionada en español como *Gran cabaret* (Lumen).

El mes pasado, en plena celebración oficial del Día de la Independencia

cia, recibió el Premio Israel de Literatura de manos del ministro de Educación, el líder político del movimiento nacionalista colono Naftali Bennett, en presencia del primer ministro, Netanyahu. El escritor, reconocido por su innovadora narrativa, traducida a 42 lenguas, tuvo que abandonar hace tres décadas su trabajo como periodista en la radio pública israelí por negarse a aceptar imposiciones políticas del Gobierno. Grossman, que perdió un hijo caído en combate en la guerra de Líbano de 2006, había recordado en un acto conjunto de israelíes y palestinos —celebrado pocas horas antes de recibir el Premio Israel— a las víctimas de conflictos que han enfrentado a ambos pueblos. “La pena no nos aísla, sino que nos une y nos fortalece”. Su discurso del Día de la Memoria en Tel Aviv fue publicado como tribuna por EL PAÍS. “Israel celebra sus 70 años de existencia. Pero no tenemos todavía un hogar de límites claros y aceptados, que mantenga relaciones tranquilas con sus vecinos. Hoy Israel quizá sea una fortaleza, pero no es ese hogar. Si los palestinos no tienen un hogar, los israelíes tampoco lo tendrán. Cuando los francotiradores israelíes matan a docenas de manifestantes palestinos, Israel es menos hogar”.

Pero cuando los ecos de los fastos oficiales apenas se habían apagado en Israel, la actriz Natalie Portman —nacida en Jerusalén, aunque criada en Estados Unidos— dio un nuevo aldabonazo a la conciencia crítica de la izquierda pacifista israelí. La ganadora del Oscar a la mejor interpretación femenina en 2011 anunció que boicoteaba el Premio Génesis, considerado el Nobel judío, a causa de la participación de Netanyahu en la ceremonia de entrega del galardón, dotado con dos millones de dólares. Portman había transmitido a los organizadores que no acudiría a recoger el Génesis, ya que “en las actuales circunstancias” —en alusión a la represión militar de las protestas palestinas en la frontera de Gaza— no se encontraba en condiciones de asistir “con la conciencia tranquila”. Portman dirigió en 2015 el rodaje en Israel de la película *Una historia de amor y oscuridad*, basada en la novela homónima de Amos Oz. Ese mismo año, David Grossman había retirado su candidatura al Premio Israel en rechazo a la política de Netanyahu.

LECTURAS

Queridos fanáticos. Amos Oz. Traducción de Raquel García Lozano. Siruela, 2018. 172 páginas. 16,95 euros.

La cárcel más grande de la tierra. Una historia de los territorios ocupados. Ilan Pappé. Traducción de R. García Pérez. Capitán Swing, 2018. 336 páginas. 20 euros.

Historia mínima de Israel. Mario Sznajder. Turner, 2018. 288 páginas. 18 euros.

Nakba. 48 relatos de vida y resistencia en Palestina. Salah Jamal y Miquel Ferreres. Icaria, 2018. 264 páginas. 19 euros.

Jerusalén, la ciudad imposible. Meir Margalit. Libros de la Catarata. 160 páginas. 15 euros.

Amos Oz “No he visto nunca un fanático con sentido del humor”



El escritor israelí Amos Oz, en su casa en Tel Aviv en 2017. A. ABBAS (MAGNUM / CONTACTO)

POR J. C. SANZ

Parece el mismo de hace tres años, pero su voz se pierde a menudo en la grabadora entre el ronroneo de su gato Freddie. “Mi salud ya solo me permite viajar con la imaginación”, se excusa el escritor más reconocido en lengua hebrea. Amos Oz (Jerusalén, 1939) comienza una conversación con *Babelia* en su casa de Tel Aviv sobre los zelotes, extremistas y sectarios que prefieren observar un mundo complejo de la forma más simple, aunque termina reconociendo que su último libro, *Queridos fanáticos*, es en realidad un legado: “Se lo he dedicado a mis nietos. He concentrado lo que he aprendido en la vida, pero no de una manera abstracta, sino como un cuento”.

PREGUNTA. ¿Por qué ha recuperado discursos de hace tres lustros?

RESPUESTA. Es una revisión de mis conferencias de 2002 en Alemania. Hay una nueva aproximación. Lo más peligroso del siglo XXI es el fanatismo. En todas sus formas: religioso, ideológico, económico... incluso feminista. Es importante entender por qué regresa ahora. En el islam, en ciertas formas del cristianismo, en el judaísmo...

P. Escribe sobre su tierra. ¿Orienté Próximo es la cuna del fanatismo?

R. Es una idea común, pero no creo que sea verdad. El auge del fanatismo y el racismo en Estados Unidos es mucho más peligroso. Existe fundamentalismo en Rusia y en el este de Europa. También es peligroso el fanatismo nacionalista en Europa Occidental.

P. ¿Compartimos ese pecado original?

R. Creo que hay un gen fanático en casi todos nosotros. Es la tendencia del ser humano de intentar cambiar a los demás. Les decimos a los niños: “Tienes que ser como yo”. Eso es muy común.

P. Usted razona sobre un fanatismo universal.

R. Cuánto más complejos se van haciendo los problemas, más y más gente está hambrienta de respuestas muy simples. Una fórmula que lo cu-

bra todo. Pero muy a menudo se trata de mensajes fanáticos. Por ejemplo: “Todos nuestros problemas se deben a la civilización occidental”, o “nuestros problemas se deben al fundamentalismo islámico”, o “tienen su origen en la globalización” o “en el sionismo”...

P. Usted fue un muchacho fanático.
R. Un pequeño extremista, educado en una convención de nacionalismo y sionismo. “Los judíos tienen razón, nuestros enemigos están equivocados. Somos los buenos de la película y los otros son los malos”. Así de simple.

P. ¿Cómo se cura el fanatismo?

R. Hay que tener curiosidad. Ponerse en la piel del otro. Aunque sea un enemigo. La receta es imaginación, sentido del humor, empatía. Pero no para contentar al otro. No soy como Jesucristo y no pido poner la otra mejilla. Lo mío es intentar imaginar qué hace al otro actuar de determinada forma.

P. Usted escapó de la atmósfera de su Jerusalén natal. ¿Es difícil no acabar siendo un fanático en esa ciudad?

R. Amo Jerusalén. Pero necesito mantener una cierta distancia. Es demasiado conservadora, en términos de ideología o religión. En Jerusalén casi todo el mundo tiene una fórmula personal para la salvación o la redención. Cristianos, musulmanes, judíos, pacifistas, ateos, racistas, todo el mundo.

P. Nació en un barrio que hoy es ultraortodoxo.

R. Entonces era de clase media baja. Había religiosos, pero también comunistas y algún anarquista. Y nacionalistas. Era un barrio interesante porque la gente discutía a todas horas.

P. ¿Una característica más bien jerosolimitana?

R. Es israelí, en general, aunque resulta más evidente en Jerusalén. Cualquier parada de autobús puede convertirse en un seminario académico. Completos desconocidos discuten de política, moralidad, religión, historia o sobre cuáles son las verdaderas intenciones de Dios. Pero nadie quiere escuchar al otro, todos creen tener la razón.

P. En el Estado judío, donde la religión es un signo identitario, ¿cómo vive un laico, un ateo?

R. Mi problema no es la religión, sino el fanatismo religioso. No es el cristianismo, sino la Inquisición. No es el islam, sino el yihadismo. No es el judaísmo, sino los judíos fundamentalistas. No es Jesucristo, sino los cruzados.

P. Un Gobierno ultraconservador en Israel, Trump en la Casa Blanca, ¿una era propicia a la intransigencia?

R. La mayor parte del mundo se está moviendo rápido desde una perspectiva compleja a otra muy simplista. Pasa también en la izquierda radical.

P. El nacionalismo, el conflicto palestino, ¿no han condicionado esa visión en Israel?

R. Es natural. Cuando un maltrato y cruel conflicto dura más de cien años hay heridas en ambos bandos. Oscuras imágenes del otro. Hay gente sentimental en Europa que cree que todo puede arreglarse charlando y tomando un café, con la idea de que en el fondo

todo es un malentendido. Un poco de terapia de grupo y tan amigos. No. Hay conflictos que son muy reales. Cuando dos hombres aman a la misma mujer. O dos mujeres al mismo hombre. Eso no se puede solucionar tomando un café. El conflicto entre israelíes y palestinos es real.

P. ¿Hace falta un divorcio: dos Estados?

R. Básicamente es eso. La casa es muy pequeña. Tenemos que hacer dos apartamentos. Israel y en la puerta de al lado, Palestina. Luego tendremos que aprender a decirnos “buenos días” en la escalera. Más tarde podremos ir de visita, a tomar café a casa del otro... Y hasta cocinar juntos: un mercado común, una federación o confederación... pero antes hay que dividir la casa... En el fondo todos saben que la única solución posible es la de los dos Estados. Aunque no les gusta. Para palestinos e israelíes es como una amputación, pierdes parte de tu cuerpo.

P. En Israel hay quien le cree un fanático de la fórmula de los dos Estados.

R. La otra solución solo funciona en Suiza. En Yugoslavia a tomar café a casa de sangre. Hubo un divorcio pacífico en la antigua Checoslovaquia. ¿A quién se le ocurre que israelíes y palestinos deben acostarse juntos y hacer el amor y no la guerra? Después de un siglo de matanzas no es posible.

P. No parece que el liderazgo israelí muestre prisa por hallar una solución.

R. Ese es el corazón del conflicto, la falta de liderazgo. Nadie tiene el valor que tuvo [el presidente francés Charles] De Gaulle cuando concedió la independencia a Argelia.

P. ¿Ni los israelíes ni los palestinos?
R. Todo el liderazgo mundial. Por no citar también el de su país...

P. Precisamente iba a preguntarle...

R. No veo líderes valientes en Madrid o Barcelona. Una nueva fragmentación de Europa no me hace feliz. No entiendo por qué, pero si una mayoría del pueblo en Cataluña quiere vivir por su cuenta, lo hará. Puede que sea una gran equivocación, una tragedia para Cataluña y para el resto del país. No se puede obligar a dos personas a compartir cama si una de ellas no quiere.

P. O sea, como en Israel y Palestina.
R. Pienso en Checoslovaquia, fue complicado, pero no hubo guerra. Hasta España quiere un Estado.

P. Entonces, ¿ahora vivimos una era de cobardes y fanáticos?

R. Es un tiempo de simplificaciones. La gente espera respuestas simples y ya no teme parecer extremista. Hace 80 años teníamos miedo de Hitler o Stalin.

P. Si la inmunización que supuso la II Guerra Mundial ya no surte efecto, ¿hace falta una nueva vacuna?

R. No quiero otro baño de sangre. Pero existe el riesgo: el fanatismo conduce a la violencia. Mi libro contiene un miligramo de vacuna: tolerancia y curiosidad. Sonreír de nuevo en tiempo, incluso reírse de uno mismo. No he visto nunca un fanático con sentido del humor.